

Informe sobre balseros

Rafael Almanza

EL TEMA DE LOS NAVEGANTES ILEGALES EN EL ÁREA DEL CARIBE HA VUELTO desgraciadamente a ser un tema de actualidad. Muy poco útiles se han revelado los esfuerzos de la comunidad internacional para convencer a las partes en conflicto acerca de una posible y hasta probable solución negociada, que solamente la intransigencia o la locura quieren evitar. Unas disposiciones casi escandinavas para el suicidio; la terquedad de querer huir de la tierra en la que en definitiva, por suerte o por desgracia histórica, se nació; la incapacidad para respetar los compromisos firmados solemnemente —*pacta sunt servanda*—; el desprecio por la vida ajena y la irresponsabilidad de los que la arriesgan por un ansia desmedida de lucro, unas perversidades políticas o una completa ausencia de carácter, nos han llevado a esta circunstancia aparentemente sin salida, en la que el número de ahogados o de devorados por las fieras del mar no convence absolutamente a nadie de la necesidad de emprender una acción enérgica y salvadora, y ya ni siquiera logran impresionar a la opinión pública, como si nos acercáramos al límite moralmente inconcebible de acostumbrarnos al continuo deterioro de la situación en el Archipiélago y a la conversión de las aguas que lo rodean en una especie de cementerio marino, pero sin la menor referencia a Paul Valéry¹. ¿Cómo es posible que tantos millones de personas no se sientan conmovidos por un horror que sólo perdura por la indolencia de todos? Apenas bastaría un mínimo de disposición, de solidaridad, de coraje ético para hacerle entender a los balseros que su actitud es errónea, que las leyes deben ser respetadas, que perder la vida es peor que perder la esperanza de encontrar la tierra prometida, que no hay otra que aquella que podamos construir con nuestro sacrificio en el lugar donde nacimos, sean cuales fueren los legados que la historia o la geografía nos hayan deparado, como no podemos trascender la familia o el cuerpo que recibimos para vivir en este mundo.

Este texto pretende ser solamente un intento de expresar, necesariamente, los argumentos de una de las partes, sin la menor pretensión de que tengan que ser aceptadas como verdades en la mesa de la negociación, pero también sin la menor concesión al espíritu de desmemoria que ronda continuamente

¹ Un jesuita mexicano que vive en Palatino me hace notar sin embargo este verso del famoso poema: «*Le vent se leve! Il faut tenter de vivre!*».

sobre nosotros, como si los que habitamos en el Archipiélago, a fuerza de sol, de mar y de verdor nouviésemos sino eso que hemos perseguido siempre y por lo que estamos aquí, la conciencia de un presente que es una fiesta innumerable, un anticipo de la eternidad. Pero no, igualmente tenemos que acudir al recuento. Por eso escribo. Eso sí, desde una perspectiva que sin remedio tiene que ser personal, no sólo por los pocos que aquí podemos hacerlo, sino porque al acudir a un criterio religioso, que es el único que puedo tener, ya no cuento con la posibilidad de hacerme vocero de las opiniones tan variadas que actualmente existen en el Archipiélago, que sería como pretender poner de acuerdo a todas las religiones del mundo.

Como parece que todavía no hemos aprendido a pensar, quiero expresar sencillamente los objetivos de mi alegato:

El Archipiélago tiene que ser salvado.

No deben morir más inocentes por culpa de los balseros.

Juana fue fundada para que coincidan la belleza natural y la moral, desde la fe. Hemos necesitado siglos de desesperadas búsquedas, de sufrimientos inconfesables, de extravíos sin cuento, para que al fin descubriéramos cómo podríamos encarnar el ansia de universalidad que desde siempre estuvo torturándonos y desviándonos, aunque también, misteriosamente, fundándonos. Está claro que lo que hemos logrado tiene que ser defendido a toda costa, porque pertenece a toda la humanidad y no a nosotros mismos.

La muerte de Ti Em² ha llevado las cosas demasiado lejos. Que un místico sea sorprendido por la muerte en estado de oración es desde luego una bendición de Dios. Pero en modo alguno nos autoriza a una complicidad con el homicidio, aun cuando pueda ser considerado preterintencional.

¿Qué hacían esos balseros en las aguas de Varadero a esa hora de la noche?

¿No sabían perfectamente que Ti Em acudía a la playa a orar?

¿Por qué tenían que venir a perturbar la paz del Archipiélago cuando uno de sus mejores hijos se entregaba totalmente a la oración?

Es falsa la imputación de que Ti Em no había aprendido a nadar. Era un místico corporal y podemos probarle al que quiera que nadaba en cualquier estilo y que en su no lejana juventud había obtenido un premio de clavado en la plataforma de diez metros.

¡Pero cómo se puede pretender que una persona que está en oración, y levitando sobre las aguas, pueda tener tiempo para hacer un holandés con medio giro y salir tranquilamente como una mariposa hacia la orilla!

La segunda especie es todavía más calumniosa.

Que Ti Em no estaba en oración ni levitando, que lo sostenía un campo magnético y que trabajaba para YogaTur, una agencia de espionaje teológico y de turismo caribeño³.

² Se ha corrido el rumor de que Ti Em era una reencarnación de Thomas Merton, el famoso místico norteamericano del siglo xx. Nada más falso. Ti Em era hindú.

³ Cf. Chi, Li, «El espionaje hindú a la conquista del Caribe», en *Desencuentro final*, N° 30, p. 2.

Según estos falsarios, la prueba está en que cayó de su altura cuando el campo magnético fue alterado por los equipos electrónicos que portaban los balseiros.

¡Infamia!

¡Sí!

¡Ti Em fue perturbado por la electrónica de los demoníacos balseiros!

¡Pero no fueron las ondas electromagnéticas sino el espantoso escándalo de música salsa con que los balseiros arribaron a la playa, intentando festejar su dudoso éxito!

¡Si pudiéramos haber estado ahí para sacudirles las nalgas a esos cubichitos!

No sólo Ti Em pereció ahogado, sino que una enorme cantidad de gaviotas, pelícanos, flamencos y peces voladores fueron exterminados instantáneamente por el violentísimo ruido, al que desde luego no están acostumbrados, aunque algunos místicos animistas suponen que fue la vulgaridad del espectáculo de los balseiros y no el número de decibeles lo que provocó el fin de todas esas criaturas exquisitas⁴.

Pero tanto crimen no les bastó: necesitaban añadirle el sacrilegio.

En efecto, ebrios y semidesnudos, los balseiros se instalaron con su escándalo *en la arena*.

Tiemblo de indignación y de terror al recordarlo.

Téngase en cuenta que Ti Em jamás pisó la arena de Varadero. Usaba una pértiga o unos zancos para llegar al agua. La contemplación, desde ahí, de la secular virginidad de la arena fue siempre una de sus fuentes de éxtasis perfectamente comprobables y rigurosamente estudiadas⁵. De no haber muerto ahogado, las huellas de los machos cubiches en la arena intacta hubieran sido bastante para acabarle la vida.

¿Tengo que describir las previsibles actividades con que semejante tropa, repartida en parejitas de cualquier índole, profanó la arena, la playa y los cielos de Juana?

Pura justicia que cayera entonces un implacable aguacero tropical que duró doce horas y les provocó una neumonía a casi todos y la muerte a algunos, pues como ustedes saben, en Juana no se enferma nadie y los hospitales no son necesarios⁶. Ellos mismos tuvieron que transportar a sus enfermos a través del monte antes de encontrar el primer templo, y por mucho que los monjes musulmanes se apresuraron en hacerles caridad no hubo forma humana de salvarlos a todos.

Tampoco voy a considerar la calumnia de que los monjes los dejaran morir ex-profeso. Ya el Indio Naborí ha contestado a semejante insensatez en una

⁴ Cf. Red, Raf, *Contrapunto cubiche del pelicano y la rumba*, Flash Think, Oslo, p. 2.

⁵ Cf. Pontifz, Max Antonio, *Aire no es huracán*, Alighieri Ediciones, Fiorenza, p. 2.

⁶ Para un estudio de las antiguas condiciones de mortalidad en el Archipiélago, cf. Alexander, François L., *Paris es mi guateque*, Moscú, p. 1917.

mesa redonda de amplia difusión mundial⁷. Desde la época de la secesión de la Florida no se había pretendido una conspiración de ese tipo contra el Archipiélago⁸. El hecho de que Hassan, el líder chiíta destacado allí, se haya acogido a su título de Príncipe del Silencio para rechazar esas falacias, nos parece ejemplar y admirable. Otros podremos hablar por él y recordar que estudió medicina islámica y es un monje de piedad infinita, ausente de toda crueldad.

Se comprende entonces que las protestas del Cartel Global de Religiones ante el Consejo de las Naciones Fundidas hayan sido vilmente desestimadas. Son muchas las presiones de Oceanía sobre los miembros del Consejo para favorecer a los balseros como parte de su plan de reconquista de las Indias Galantes. Sabemos que detrás de los balseros está Oceanía y sus designios hegemónicos, pues de otra manera no se explica la presencia entre los cubiches de la tecnología necesaria para atravesar la Cortina del Bien sin ser advertidos ni destruidos por nuestros torpedos y misiles. Esas balsas que se deslizan por los huecos de las olas para no ser detectadas son evidentemente de origen oceánico⁹, pues, ¿de dónde obtendrían los cubiches el dinero y la inteligencia suficientes para crear esas alfombras marinas, esos gusanos de mar inatrapables para nuestros gloriosos servicios de advertencia y disuasión? Oceanía debe comprender que no volverán a dominarnos. Es cierto que la mayoría del escaso comercio que existe en el Archipiélago está en manos de los monjes budistas, pero eso no significa que nuestra vida diaria esté en dependencia de las veleidades de Honolulu. Aquí vivimos para la contemplación. Lo decimos con orgullo, fieles a nuestras milenarias tradiciones: somos metafísicos porque no comemos¹⁰. Los restaurantes de Oceanía no podrán nunca seducirnos.

De manera que el escándalo del Consejo ante lo que llamó las atrocidades musulmanas contra el turismo cubiche no puede ser aceptado por nadie que se respete. La invocación a los antiguos traumas de una nación que optó libre y audazmente por su propio destino no pueden conmovier el hecho de que El Vedado tiene que permanecer intacto, sin intrusos que lo estropeen. Apoyamos decisivamente la paliza que los sacerdotes arahuacos le propinaron a los supuestos turistas, en realidad agentes oceánicos, que con toda desfachatez lograron infiltrarse hasta Viñales y fueron sorprendidos allí, *fumando*.

⁷ La parte fundamental del alegato puede verse en la crónica de Ismael Al-Mansur, *Jamás Mabuya aquí*, p. 1959.

⁸ Nunca está de más recordar el pasado para aprender de él. En aquella ocasión se hizo circular el rumor de que los poderosos cubiches de Tallahassee habían aprovechado el avance de las tropas mexicanas hasta New Orleans para declarar la secesión, y luego la anexión. La verdadera causa, desde luego, estuvo en el trabajo de penetración ideológica realizado en la península por *Salsa forever*, la conocida agrupación musical. No es justo acusar sólo a los cubiches de la desunión norteamericana. Cf. Ribera y Murillo, Raúl: *Papel del hombre mariachi en la crisis de los Grandes Lagos*.

⁹ La mano de Honolulu es ostensible, claro, pero ver además el contundente estudio de Victor Fw, *El espionaje chino a la conquista del Caribe*, p. 2.

¹⁰ Para penetrar este misterio, cf. Kepler, Balsero, y Avellana, Johns, *El Ser a la deriva*, Irkurst, p. 2.

Es verdad que los místicos de Olofi destrozaron una videocámara que intentaba filmar la cascada de Soroa, pero incluso perdonaron con generosidad ilimitada al adolescente cubiche que pretendió orinar ahí. Hemos hecho un uso calculado, racional y moderado de la violencia defensiva. Renunciaremos a la violencia cuando el mundo renuncie a ella; mientras, como monjes que somos, seguiremos siendo monjes combatientes por el Paradiso¹¹. El Consejo no debe ignorarlo un solo instante.

Sí, porque después de haber probado con todas las variantes de la violencia, de haber enviado miles de falsos turistas en balsas supertecnológicas a perjudicar El Vedado, Oceanía ha comprendido su derrota y ahora quiere variar la táctica, confundir al Consejo y al Cartel con una ofensiva que combina sus otros dos procedimientos favoritos, la erosión ideológica y la manipulación financiera¹². De nada valieron los paracaídas con mulatas desnudas en los templos, sinagogas y monasterios ni las insinuaciones posteriores de que el Consejo debiera comprobar la castidad de las comunidades masculinas establecidas en el Archipiélago. Son los vulgares argumentos de siempre. Ahora pretenden ofrecer secretamente al Cartel —¡ah, pero los estamos denunciando ya!— una gigantesca cantidad de dinero para construir *Ascesis*, la tenebrosa estación orbital en torno a Plutón, a fin de obligarnos a trasladar a nuestros muchachos de El Vedado a esos extremos, con el pretexto de que probemos que no somos unos descarados que queremos pasarnos todo el tiempo gozando de Juana sin permitir más turistas que los que puedan sobrevolar las antiguas ciudades del país, hoy desde luego sana y bellamente cubiertas por la vegetación lujuriosa del trópico. Perfidia como esta no habrá jamás, ni tontos que la secunden¹³. Quieren en verdad expulsarnos del Sistema Solar, mandarnos al exilio galáctico —¿quién podrá garantizar que la *Ascesis* no se salga de órbita y abandone el Sistema?—, o por lo menos aislarnos de la comunidad internacional, para que no sigamos denunciando sus desmanes, sus costumbres viciosas, sus patrañas. Que lo sepan: vivir aquí es una contemplación interminable y no abandonaremos bajo ninguna coacción ni añagaza nuestro Paradiso. Las sugerencias de que las gracias del Archipiélago son más bien modestas y se encuentran en cualquier parte del Caribe no son sino otra maniobra para perdernos¹⁴. Seguiremos contemplando a Juana, virgen de machos cubiches, de mulatas de fuego, de andróginos oceánicos. Ascenderemos reverentemente al Pico Turquino, al Pan de Matanzas, a la Gran Piedra. Nos hundiremos en las espumas de Guardalavaca para meditar. Nos perderemos en el Monte, caminaremos en solitario la Gran Sabana, navegaremos en silencio los Jardines de la Reina, nos hundiremos por años en el Hoyo de Bonet¹⁵. ¡Que se plutonicen ellos!

¹¹ Morales, Dan, *Si te fajas pierdes*, p. 1993.

¹² Cf. Al-Mansur, Ismael, *El regreso de Mabuya*, p. 1995.

¹³ K, Ichi, *El sintoísmo en Juana*, p. 2.

¹⁴ Canfield, Juana off, *Espejo de impaciencia o La diáspora a tiempo*, en «Oh sweet Ohio», p. 3.

¹⁵ Cf. Eduardo, Eudel, *En torno a mi entorno*, Tallahasee, p. 1999.

Y si los desabridos del Cartel se rinden al oro de Oceanía, ¡nos importa un berro!¹⁶ Estaremos contra todos y contra todo, siempre que sea con Juana. Salsa no, *Juana for ever* hasta la eternidad.

Y ya lo he dicho: hay que cumplir los pactos. Los actuales poseedores del Archipiélago no somos responsables de las ridículas nostalgias de aquellos que descienden de los que mejoraron sus vidas por la histórica decisión de Nuestro Leal Fulgente LXVI, a quien no pueden culpar ahora con el criterio de una decisión autoritaria, puesto que fue electo masivamente por el pueblo y su propuesta recogía los más íntimos sentires seculares de la nación, incluso sus prácticas más sostenidas.

Los llamamientos a que seamos piadosos con el turismo cubiche no lograrán marearnos. Literalmente se trata de la cabeza de playa de la reconquista. Ellos mismos lo proclaman con descaro en su periodismo amarillo: ¡Turismo no, colonización!

Turismo no, porque los monjes estamos dispuestos a defender cada mamey, cada guanábana, cada marañón para los paladares paradisíacos que puedan dar gloria con esas experiencias fundamentales.

Colonización tampoco, porque los cubiches se comprometieron solemnemente ante el Cartel y el Consejo a respetar ellos y todos sus descendientes hasta el término de los tiempos la sabia decisión de abandonar un territorio que odiaban, en el que no habían sido capaces de ser felices, donde habían inmolado inútilmente a decenas de los más nobles creyentes que el mundo viera, y que finalmente habían arruinado hasta el punto de no poder reconocer ni una playa, ni un monte, ni una manigua original.

¡Que aprendan de sus líderes, de los que Nuestro Leal Fulgente envió a vivir en Tallahasee y en Honolulu, y que hoy cabildean en Oceanía como palaciegos! Ellos ya tienen suficiente turismo y bastante colonización insular.

Porque esa metralla de clase baja proveniente de Africa, de Asia y de Colombia, de Tierra Florida y de Ucrania, esos aliados de Oceanía y sus intelectuales orgánicos no reconquistarán El Vedado jamás, por mucho financiamiento y mucha tecnología que tengamos que enfrentar los hombres castos de Juana.

Porque no creemos en los mitos políticos de Oceanía y así como los gloriosos romanos nombraban un dictador en época de crisis, también los monjes del Archipiélago podemos nombrar Nuestro Leal Fulgente en cualquier momento.

Y por eso quiero terminar diciéndolo todo con todas las letras, a nombre de todos mis compañeros: para salvar al Archipiélago de Juana de una inminente invasión de los colonizadores cubiches, estamos dispuestos a derramar hasta la última gota de nuestra propia sangre.

¹⁶ Cf. Valdés, Cirilo D., *Técnicas del cristal en Juana, Árboles del Arroyo*, p. 2000.